

Las conversaciones privadas de Hitler

Introducción de Hugh Trevor-Roper



¿Quién fue realmente Hitler? Conocíamos bien sus hechos y sus discursos, pero lo ignorábamos casi todo acerca de su personalidad y sus ideas hasta que se descubrió este registro oficial de las conversaciones de sobremesa del Führer con los miembros de su entorno. Fue Bormann quien, convencido de que estas ideas iban a ser «de un interés fundamental para el futuro» se ocupó de que, de julio de 1941 a noviembre de 1944, se recogieran con fidelidad las conversaciones privadas en que Hitler hablaba con toda libertad de su vida anterior y de sus luchas, anticipaba sus planes para el futuro de Alemania y del mundo o expresaba sus opiniones acerca de las personas, la religión y la política. Aquí se plasman sus filias y sus fobias, su representación del mundo, toda una cosmogonía que marcó indeleblemente el devenir del siglo XX. El libro incluye también, a guisa de introducción, un muy detallado ensayo escrito por Hugh Trevor-Roper.

Prefacio a esta edición

Este libro fue publicado por vez primera en 1953 y desde entonces constituye la única presentación completa y consecutiva de un importante documento histórico: las llamadas Bormann-Vermerke, el registro oficial de las «conversaciones de sobremesa» que Hitler pronunció en el momento culminante de su éxito, durante el primer año de su guerra de agresión contra Rusia, cuando con la victoria total a la vista el Führer se prometía la realización de los ambiciosos planes que había anunciado en Mein Kampf dieciséis años atrás. En aquella primera edición incluí mi ensayo «la mente de Adolf Hitler» –también reproducido aquí–, en el que exponía el contexto histórico y repasaba los contenidos del documento. Ahora en este prefacio informaré sobre el propio documento y sobre la curiosa historia de su publicación –o de su no publicación– durante los últimos cincuenta años.

Como explicaba en aquel ensayo, los textos aquí reunidos fueron compilados a iniciativa y por orden de Martin Bormann, jefe de la Cancillería del partido y desde mayo de 1941 secretario del Führer en sustitución de Rudolf Hess, por entonces preso en Inglaterra. Del mismo modo que en 1924-1925 Hess había recogido de labios de Hitler su filosofía y su programa para exponerlos en Mein Kampf durante el período en que ambos estuvieron encarcelados en la fortaleza de Landsberg, Baviera, así el sucesor de Hess, también aislado con el Führer en el Führerhauptquartier

fortificado de Prusia Oriental o de Ucrania, se cuidaría ahora de que la conclusión triunfante de aquella obra y la puesta en práctica de aquella filosofía fueran recogidas para guía de la posteridad. Se encargaría del registro, con tanta exactitud como fuera posible, un experimentado funcionario del partido perteneciente al equipo personal de Bormann, Heinrich Heim, abogado con la categoría de Ministerialrat.

Heim dio inicio a su registro el 5 de julio de 1941 y lo continuó regularmente durante más de ocho meses; pero a mediados de marzo de 1942 le requirieron otras obligaciones, y en los cuatro meses siguientes la función de registrador de las conversaciones de sobremesa, o «conversaciones privadas», fueron asignadas a un sustituto, el doctor Henry Picker. Heim volvió a su puesto el 1 de agosto de 1942, pero no siguió mucho tiempo en el cargo, pues en septiembre del mismo año –en las circunstancias que describo en mi ensayo– el propio registro se suspendió. Tanto Heim como Picker eran miembros destacados del partido que conocían personalmente a Hitler y en quienes éste confiaba plenamente. Y el registro, sin duda, se hizo de modo concienzudo. Los textos definitivos, esto es, los aprobados por Bormann, se enviaban a continuación a su esposa, a Obersalzberg, en donde los Bormann tenían una residencia oficial en el complejo allí construido para el Führer. Una segunda copia se enviaba a los archivos del partido en Múnich.

El primero de estos testimonios desapareció hacia el final de la guerra, cuando el fuego destruyó el Führerbau de Múnich. Posteriormente, el 25 de abril de 1945, la copia restante se libró por poco de seguir el mismo destino al destruir un ataque aéreo aliado gran parte del complejo del Obersalzberg. Fue la señora Bormann quien se la llevó consigo a un lugar seguro en el Tirol meridional –antes austriaco y ahora italiano–. Más tarde, estando enferma terminal de cáncer, entregó esa primera copia al Gauleiter

de Tirol, de donde finalmente pasó, por compra, a manos de un emprendedor ciudadano suizo: François Genoud.

François Genoud era una persona esquiva y algo misteriosa, que desde que a los 16 años oyera hablar a Hitler en una ocasión en Friburgo de Brisgovia, y hasta su muerte – por suicidio– en 1998, dedicó al líder una devoción inquebrantable. Tras la caída del Tercer Reich, uno de sus principales objetivos fue la salvaguarda de los textos de la elite nazi y la compra de los posibles derechos de autor. Con ello, al tiempo que aliviaba la repentina pobreza de sus propietarios adquiría para sí un activo potencialmente vendible. El único registro oficial de las Bormann-Vermerke, con los derechos de Hitler y Bormann devengados para sí, era el objeto máspreciado de su colección. Tan sólo cabía esperar a que llegara su oportunidad.

Desgraciadamente para él –pero para beneficio de los historiadores– Genoud no había contado con el doctor Picker. Secretamente, en los cuatro meses en que sustituyó a Heim como registrador de las conversaciones de sobremesa del Führer, el doctor Picker había hecho una copia personal de este registro y de otros de Heim a los que tuvo acceso. En 1951, adelantándose al señor Genoud, publicó en Alemania un volumen titulado Hitlers Tischgespräche. Lo conformaban importantes pasajes de su copia particular ordenados no de manera consecutiva o cronológica, sino bajo encabezamientos generales: asuntos exteriores, guerra, propaganda, religión, mujer, etc. En realidad se trataba de una especie de antología de la sabiduría universal del Führer semejante, según él mismo, al relato de Eckermann de las conversaciones de Goethe. Confiado en los supuestos derechos adquiridos, el señor Genoud demandó al doctor Picker ante un tribunal alemán, pero éste falló en su contra. Como consecuencia, el señor Genoud adoptó la decisión de no exponer a otros predadores su texto alemán (que, al ser completo, resultaba desde luego mucho más importante que el de Picker) y sacar una traducción

francesa con la que fundamentar sus derechos de autor en el extranjero. Así surgió en París en 1952 el primer tomo de su traducción, *Adolf Hitler: Libres propos sur la guerre et la paix*. El doctor Picker procuró impedir esta publicación ante los tribunales franceses, sin conseguirlo.

Mientras el doctor Picker, con la mitad furtiva pero protegida de su texto, y el señor Genoud, con el texto alemán original completo comprado pero desprotegido, pleiteaban en los tribunales, yo llamé al señor Genoud a Lausana y le sugerí que permitiera la publicación de una traducción inglesa con la que fundamentar también derechos de autor en inglés. Asintió de buen grado, y también lo hizo el señor George Weidenfeld, a quien recomendé el proyecto. Tal fue el origen de la primera edición de este libro.

Para los historiadores alemanes, deseosos de leer el texto original completo, fue frustrante tener que confiar en una traducción a otro idioma o recurrir a la antología del doctor Picker, devota y parcial. Pero entre el señor Genoud, que negaba resueltamente todo acceso a lo que sus competidores llamaban su «botín», y el doctor Picker, que defendía tenazmente su monopolio legalizado, resultaba imposible cualquier cotejo de los textos. El único camino era la competición, no la colaboración. En 1964 dos distinguidos historiadores alemanes, Percy Schramm y Andreas Hillgruber, lograron que el doctor Picker se rindiera y sacaron una edición en la que sus materiales eran ampliados con treintaiséis entradas tranquilamente extraídas del registro del Ministerialrat Heim, con comentarios eruditos y con algún otro material ajeno. Mientras tanto, otros estudiosos y editores aumentaron la presión sobre el señor Genoud. La negociación resultó muy laboriosa («sumamente fatigosa», según me dijo uno de ellos en 1968), pero finalmente el señor Genoud se rindió, con bastante cautela, al editor de Hamburgo Albrecht Knaus, quien publicó en 1980 el texto alemán de las Bormann-Vermerke bajo el título de *Adolf Hitler: Monologe im Führerhauptquartier*. Tal es —en la me-

didada en que puede serlo— el original alemán del presente libro.

Y digo «en la medida en que puede serlo» porque en el texto alemán publicado hay una omisión importante. Entre el 12 de marzo y el 1 de septiembre de 1942 —esto es, el período en que Heim estaba ausente y Picker actuó como sustituto— las Bormann-Vermerke contienen cien entradas. Ninguna de ellas figura en el Monologue: una última victoria del doctor Picker, Eckermann inexorable.

La guerra de los treinta años librada en Alemania entre el doctor Picker y el señor Genoud por el texto de las conversaciones de sobremesa de Hitler, los litigios, las jugarretas de sus protagonistas y las diestras puñaladas académicas de las notas editoriales a pie de página podrán irritar o divertir a los lectores alemanes, pero los demás lectores probablemente encuentren en esta edición compacta y completa todo lo que buscan, por lo que me alegro de que este libro vuelva a imprimirse. Sin duda es una lectura necesaria para quienes estudien el nazismo y la segunda guerra mundial. En cuanto a mi propio ensayo, «La mente de Adolf Hitler», sólo pediré al lector que recuerde que fue una obra pionera, escrita en 1952. En algunos pasajes necesitaría modificaciones; aunque sin desestimarla, actualmente no aprobaría tan a la ligera la autoridad de Hermann Rauschning, mellada por Wolfgang Hane!¹¹. Es posible que Rauschning cayera a veces en tentaciones periódicas, pero tuvo ocasión de recoger las conversaciones de Hitler, y el tono general con que las registró anticipa manifestaciones posteriores con demasiada exactitud como para ser rechazadas como supercherías. No pueden rechazarse en igual medida que el libro de Josef Greiner, que cito de pasada pero que actualmente está desacreditado como fuente sobre la vida de Hitler en Viena. Hechas estas salvedades, me alegra que el ensayo vuelva a publicarse tal como apareció en 1953. Si sigue mereciendo la

pena su reimpresión, podrá sobrellevar su fecha a modo de testimonio.

HUGH TREVOR-ROPER

«La mente de Adolf Hitler»

¿Quién fue Hitler? La historia de su carrera política está sobradamente documentada y no nos podemos sustraer a sus terribles efectos. La historia quizá aplique su nombre a una generación y se hable algún día de la era de Hitler como hoy hablamos de la de Napoleón o la de Carlomagno. Y, sin embargo, ¡qué poco comprendido ha sido su carácter, a pesar de la profunda huella que ha dejado! Lo que hizo está claro; cada detalle de sus actividades políticas está ahora históricamente establecido gracias a un hallazgo de documentos y exposición de los mismos que no tiene paralelo en la historia. Su vida diaria y su conducta personal han sido examinadas cuidadosamente. Pero cuando se pregunta a los historiadores, no qué hizo sino cómo lo hizo, o, más bien, cómo pudo hacerlo, evaden la cuestión, escabulléndose tras respuestas ambiguas. Para los dogmáticos marxistas era simplemente un muñeco, un títere en manos de un capitalismo agonizante. Otros lo han considerado un charlatán que se aprovechó de una serie de incidentes favorables, un actor consumado e hipócrita, un campesino taimado y bribón o un hipnotizador que seducía la razón de los hombres como con los hechizos de un brujo. *Sir Lewis Namier* llega incluso a respaldar lo que dice de Hitler un funcionario alemán despechado, que lo califica de simple iletrado, falto de lógica, amigo de baladronadas y de charla superficial, sin orden ni sistema. Hasta *Mr. Bullock* parece gozar considerándolo un aventurero

diabólico animado solamente por una infinita sed de poder personal. Pero, podemos objetar, ¿podría un simple aventurero, un charlatán mañoso, aunque atolondrado, hacer lo que Hitler hizo, comenzando de la nada, plebeyo solitario en una gran ciudad cosmopolita, sobrevivir y mandar todas las fuerzas ocultas que había movilizado y, acaudillándolas, casi conquistar el mundo entero? Es una pregunta a la que rara vez se contesta satisfactoriamente. Los historiadores rehúyen la cuestión, y como sucede con los héroes antiguos, sólo sabemos que hemos estado hablando con los inmortales por el hecho de que ya no están entre nosotros.

Nos enfrentamos con un problema que no debemos esquivar, sino que, por el contrario, debemos esforzarnos en solucionar. Consideremos, por un momento, hasta dónde llegó Hitler. Hijo de un humilde funcionario austriaco, de escasa educación, neurótico, sin oficio ni beneficio, desmoralizado, que vive al día en los barrios bajos de Viena, aparece en Alemania y en su época de mayor penuria declara que el pueblo alemán puede, por sus propios esfuerzos y contra el deseo de los aliados, no sólo recobrar los territorios perdidos, sino aumentarlos, conquistando y dominando toda Europa. Años más tarde declaró que él, personalmente, podría conseguir ese milagro. Veinte años después era tal el éxito que había alcanzado, que el resto del mundo creyó que sólo mediante un milagro se le podría hacer frente.

Los historiadores no creen en milagros. Echando una mirada retrospectiva, encuentran inevitable lo sucedido y se limitan a explicarlo. Sin embargo, algunas veces es conveniente contemplar los acontecimientos desde su punto de inicio, y no desde su conclusión, y considerar desde él las posibilidades de éxito y no el resultado que en definitiva se alcance. Solamente así podemos apreciar el carácter de aquellos que los previeron. Tomamos ciertamente como prueba de la sabiduría política de *Mr. Churchill* que en

1933 apreciara, como pocos hicieron, el peligro real de un nuevo imperio alemán. Deberíamos aceptar como un signo del genio de Hitler que éste, doce años antes, cuando parecía mucho más improbable, descubriera la esperanza de un imperio y creyera –correctamente, como se ha probado– no sólo que podía edificarse, sino que él, que no era entonces más que un simple cabo inactivo, sería su artífice. He insistido sobre este punto porque deseo mantener –contrariamente a la opinión de la mayoría– que Hitler era inteligente. Me parece que si un sencillo visionario podía en 1920 soñar con una revolución, y un simple aventurero beneficiarse de ella en 1930 (como Napoleón se benefició de la Revolución Francesa que otros hicieron), cualquier hombre que enfocara y creara a la vez una revolución, y que, fracasado y encarcelado, publicara un plan completo de los fines que perseguía, en ningún punto importante diferentes a su última forma real, no podría ser considerado un visionario ni un simple aventurero. Era un pensador sistemático y su mente es, para el historiador, un problema tan importante como las mentes de Bismarck o de Lenin.

¿Por qué nos hablan tan poco los historiadores de la mente de Hitler, desechándola a menudo como no existente? En parte, sin duda, por su carácter repelente. Las mentes interesantes son las sensibles, lúcidas, ricas, versátiles, humanas. Las mentes de muchos hombres de Estado despóticos y teorizantes formidables, por cuyos fines podamos tener poca simpatía, se convierten, no obstante, en interesantes y tal vez hasta merecedoras de nuestra consideración por estas cualidades: la mente de Richelieu nos atrae por su lucidez, la de san Agustín por su riqueza, la de Cromwell por su plena humanidad. Pero la de Hitler no poseía estos atractivos. Era áspera, turbia, estrecha, rígida, cruel. Solamente su fuerza la hacía digna de estudio, pero la fuerza mental, aunque importante, no es por sí misma atractiva.

Existe también otra razón por la que los historiadores han valorado en tan poco la mente de Hitler. Se basa en las fuentes utilizadas, que son en su mayor parte las facilitadas por quienes estuvieron en permanente contacto con el Führer durante largo tiempo. Esos hombres eran necesariamente personas de gran cultura y, como tales, conedores de la vulgaridad y falta de elasticidad de la mente de su amo, según han destacado debidamente en sus escritos. Pero era también gente que después de la guerra creyó necesario excusarse por los servicios prestados al amo desacreditado; y ¿qué mejor manera de excusarse que presentarse como inocentes engañados por un embustero sobrehumano, un hipócrita que con su hipocresía superlativa pudo engañar incluso a unos hombres tan virtuosos e inteligentes como ellos? Tales excusas son comunes en la historia de las revoluciones fracasadas. Aquellos que se comprometieron a prestar servicio a las órdenes de Oliver Cromwell le describían también como un maestro ducho en la hipocresía maquiavélica y en el engaño diabólico, y durante doscientos años –hasta que Carlyle publicó las cartas y los discursos de Cromwell– se aceptó esta doctrina. Siempre hay que pagar un precio por los errores catastróficos. No cabe duda de que si Adán y Eva no hubieran sido descubiertos en su crucial transgresión, la serpiente (si es que su descubrimiento gozaba de algún crédito) hubiera sido considerada un útil portavoz, la articuladora del deseo general del pueblo del paraíso: le dieron su diabólica reputación para salvar su propia reputación tras un error catastrófico.

Por tanto, si queremos descubrir la mente de Hitler, debemos ir más allá de las espesas cortinas de la evidencia superficial, el carácter repelente que formaba su expresión y que ninguna fuerza imaginativa podía compensar, y de los intermediarios que han formulado comentarios acerca de ella y que no nos merecen ninguna confianza. Debemos ir directamente a las expresiones personales de

Hitler: no ciertamente a sus cartas y discursos –que, aunque valiosos, son demasiado conocidos y demasiado formales o convencionales para nuestros propósitos–, sino a sus conversaciones privadas. Estas charlas, como los libros de notas, revelan la mente de un hombre de forma más clara e íntima que ninguna expresión formal, y siempre que podemos disponer de ellas las encontramos de gran valor. El diario del Dr. Goebbels, que fue escrito para ser publicado, tiene poco valor histórico. ¡Cuánto más vivamente emerge la mente del más intelectual de los nazis en las charlas de sobremesa registradas por Rudolf Semler^[2]! Las propias charlas de sobremesa de Hitler en los años cruciales de la *Machtergreifung* (1932-1934), brevemente registradas por Hermann Rauschning^[3], asustaron tanto al mundo (que no podía todavía en 1939 creerle capaz de tales crueldades o ambiciones) que durante mucho tiempo fueron consideradas apócrifas. Ahora, según creo, se las acepta como verídicas. Si todavía existe alguna duda acerca de su autenticidad, se desvanecerá después de leer el volumen que ahora se publica, que no es sino una copia de las notas oficiales y auténticas de las conversaciones de Hitler, posteriores en casi diez años a las registradas por Rauschning.

¡Cuánto ocurrió en esos diez años! En 1932, cuando Rauschning comenzó sus notas, Hitler había finalizado la primera etapa de su revolución. Diez años antes se había erigido en cabecilla de un partido revolucionario de Alemania, sólo para sufrir humillaciones y derrotas e ir a parar a una cárcel de Baviera, con su carrera política aparentemente rota y acabada. Pero ya el *Kampfzeit*, aquellos años de lucha a los que se referiría posteriormente tan a menudo y con tanto entusiasmo, había finalizado; ya se había situado en el umbral del poder en Alemania, y ya, mientras en público apaciguaba a sus aliados y amos conservadores con expresiones moderadas, describía privadamente, con confiada fruición, la próxima etapa de la revolución.

Escuchándole, el propio Rauschning –que era un conservador, un *Junker* prusiano aterrado ante tales ambiciones milenarias– extrajo las consecuencias. En 1934 se separó de la *Juggernaut*, a cuyo dirigente había prestado oídos, y huyó al extranjero. De esta forma, la ventana que Rauschning abriera para el Occidente en la mente de Hitler (¡y cuán pocos miraron dentro de ella o creyeron lo que veían!) se cerró repentinamente y durante la década siguiente la charla de sobremesa en el cuartel general del Führer volvió a ser –como siempre había tenido intención de ser– privada. ¿Cómo es, pues, que en 1941, cuando Hitler había completado la segunda etapa de su revolución y se preparaba para lograr su ambición final suprema –la conquista del este–, aquella ventana se abrió de nuevo, y no por causa de un accidente como la desertión de Rauschning diez años antes, sino deliberadamente, por medio de la institución de un registro oficial? Para responder a esta pregunta debemos considerar por un momento las circunstancias en que aquellas conversaciones tuvieron lugar.

La vida de Hitler durante la guerra transcurrió, generalmente, en su cuartel general militar. Durante la campaña polaca ese cuartel general estaba en su tren especial, estacionado cerca de Gogolin; más tarde, durante la misma campaña, lo transfirió a un hotel en Zoppot. Al comenzar la campaña de Occidente, su cuartel general era un estrecho búnker cerca de Bad Nauheim al que Hitler llamaba *Felsennest* o «Eyrie»; más tarde, cuando las victorias se sucedían sin interrupción, lo trasladó a Brûly-de-Pesche, en la frontera francobelga, cerca de Roczoï. Su cuartel general se llamaba entonces *Wolfsschlucht*, «Cubil del lobo». (Hitler gustaba del nombre «lobo», que incluso se otorgó a sí mismo cuando se escondía en los días del *Kampfzeit*). Fue en *Wolfsschlucht* donde recibió la noticia de la caída de Francia y donde bailó su famosa danza. Después de

ello dividió su tiempo entre un nuevo cuartel general en la Selva Negra (*Tannenberg*) y su tren especial. En julio de 1941 se desplazó a Prusia Oriental para dirigir la más grande de todas sus campañas, el golpe demoledor del este. Durante más de tres años su cuartel permaneció en la zona, generalmente en Prusia Oriental, incluso una vez (durante el avance triunfal del verano de 1942) en la misma Rusia. Luego, en noviembre de 1944, el mariscal de campo Keitel logró convencerle de que abandonara aquel lugar tan poco saludable, entre lúgubres bosques de pinos en los que casi había sido asesinado y donde había llevado, durante el último año, noche y día, una existencia troglodítica. Este cuartel general de Prusia Oriental estaba en Rastenburg y Hitler lo llamaba *Wolfschanze*, «Guarda del lobo». Su cuartel general provisional en Rusia estaba en Winnitza, Ucrania, y se le llamó *Werwolf*.

Fue en *Wolfschanze* o en *Werwolf* donde las charlas compiladas en este libro tuvieron lugar durante las comidas, algunas veces en el almuerzo, otras en la cena, y más a menudo en su última comida del día, momento en que se sentía más comunicativo y cuando la larga sucesión de té y pasteles –generalmente mucho después de medianoche– ponía punto final a un día de trabajo. Entonces Hitler se expandía. Hablaba apasionadamente y parecía que con su palabra y su vista –aunque tenía una voz ronca y unos ojos inexpresivos– fascinaba a sus oyentes, porque su charla familiar, en contraste con su oratoria oficial, era –todos sus oyentes están de acuerdo en ello– viva, flexible y algunas veces hasta alegre. Naturalmente, era en su mayor parte un monólogo –aunque a Hitler le agradaban las interrupciones que estimulaban la conversación– y con frecuencia repetía conceptos. Sin embargo, su círculo íntimo –eran sólo sus más próximos allegados y algunos huéspedes ocasionales de confianza quienes asistían a estas sesiones– se deleitaba con ello. Veían en sus palabras toda la mente del Führer, detalles autobiográficos no conoci-